

**1945**

Algunas veces, cuando llovía en la ciudad, él hablaba del arroyo Maldonado, como si fuera algo misterioso, desconocido. Invisible, pero presente. Estaba ahí debajo de las calles, acechante, prisionero.

Lo habían entubado hacía poco, para prevenir las inundaciones, tratando de contenerlo. No lo habían logrado.

El arroyo crecía, afloraba y corría libre, anegando las calles de la ciudad.

*Al recordarlo, intenta recrear una historia de la cual conoce partes. Su historia, su origen. Completar de alguna manera esa porción de vida desconocida.*

Era viernes. Las orquestas típicas tocaban los viernes, sábados y domingos. Eran esos los días que permitían la diversión de los jóvenes que trabajaban. Los bailes se hacían en los clubes de barrio. Los clubes se llenaban de hombres y mujeres atraídos por las orquestas en vivo.

Las mujeres no iban solas, lo hacían acompañadas por tías, madres o amigas. Los hombres solos o en grupo, con la rigurosa etiqueta del traje, corbata, abrigo, sombrero.

*Ellos ya no están.*

*En la biblioteca investiga, en diarios antiguos, los locales de baile de la época.*

Los bailes terminaban en la madrugada. Los viernes y sábados a las dos, con media hora de tolerancia, y los domingos a las doce y treinta.

*Busca y rebusca en su mente esa tarde-noche en que ellos se conocieron.*

*Imagina, inventa sus miradas, sus ropas, su buscarse entre la muchedumbre de parejas abrazadas.*

## Seudónimo: Sandokan

Después la salida, el desgranarse de las parejas en las veredas nocturnas, azules. Las calles desiertas. El caminar juntos, contarse cosas, ahora solos, lado a lado, frente a frente. No era ya murmurarse en el oído como mientras bailaban.

*Los ve jóvenes, titubeantes, aprendiendo a conocerse.*

Retirando los abrigos de los guardarropas, aprovechando ese último instante para esperar ella y ofrecer él, acompañarla por unas cuadras, hasta la parada del tranvía. El cielo encapotado de nubes que llegan desde el río, oculta la luna, el viento agita los árboles, la neblina trae aroma de agua.

*“Al club se entraba soltero y se salía casado”. ¿Esa frase popular bailarían en sus mentes?*

Sin saberlo, sin presentirlo, sin conocerse, habían marcado, durante la semana en los avisos de las páginas del diario *El Mundo*, los anuncios con esa orquesta, ese club, ese día.

Y así, habían coincidido antes de encontrarse. Se habían buscado, sin buscarse.

Es el “Baile de la Primavera”. Las paredes del club tienen dibujos en el salón de baile, cotillón, guirnalda de papel colgando allá arriba. Él, apoyado en la pared, la observa. Los ojos se han cruzado entre el vaivén de las parejas. Se decide, avanza hacia ella, atraviesa la pista, la mirada fija, ella parece esperarlo. La invita. Y se abrazan, emocionados por el contacto desconocido, el primero de sus cuerpos en una caricia total. Sus manos en la espalda, sus mejillas cercanas, el entrevero de las piernas, la piel de ella a través de la seda.

## Seudónimo: Sandokan

*Imagina sus ropas, ella un vestido beige claro, un bolero negro, él un traje gris recto, camisa blanca, corbata ancha. Los colores los inventa, sólo ha visto una foto en blanco y negro.*

El tango comienza y se desarrolla. Primero música solamente, luego el cantante suave, lento. Ambos lo entonan, casi un murmullo dulce. Luego el ritmo se acelera, y otra vez se ralentiza cuando vuelve la voz del cantante.

*“Íbamos tomados de la mano, bajo un cielo de verano, que partió”*

Después el bandoneón, el piano, los violines. Todo lleva a una tierna melancolía, la letra parece hablarles, los alienta, sólo a ellos, entre todas las parejas.

*“¿Dónde estás, donde estás... donde te has ido?”*

Y el final abrupto. Los tangos terminan así, que los obliga a separarse, lentamente. Ya nada es igual. Algo ha sido mágico. Él lo recordará siempre y evocará ese tango con nombre y color.

*“Yuyo verde”, dirá muchos años después, sentado en el living, los ojos húmedos con un vaso de whisky en la mano. Ella, al escucharlo, lo mirará con esa sonrisa que cuenta una historia en su mirada.*

*Trata de revivir el momento con los pocos datos que le dieron ellos. Busca los autores de la letra y la música, Homero Expósito y Domingo Federico. Grabado por primera vez en 1944. Muchas otras orquestas y cantantes lo grabaron después. Escucha el tango una y otra vez, trata de descifrarlo, como si contuviera un mensaje. Pero sólo le sirve para saber que ese primer abrazo duró dos minutos y treinta y nueve segundos.*

## Seudónimo: Sandokan

Y entonces el tranvía que va desde ese club, que no conocían, hasta la casa de ella, en el centro.

Él la acompaña. Calle Tucumán ha dicho ella. Mientras el tranvía lento, ruidoso, los conduce. Ese andar monótono, el roce de las vías, algún chispazo eléctrico allá arriba, las curvas. El motorman, conduciendo el carro casi vacío, todo es madera y metal, los asientos, las paredes. Seguramente hablan, se conocen. También hay silencios, que hacen falta, porque no todo es hablar. Mira su perfil que se recorta en la ventana, se oscurece, refleja y vuelve a recortarse.

El brillo de sus labios rojos, su perfume y la despedida en la puerta metálica negra del edificio de departamentos.

881- ocho ochenta y uno, dice ella con una sonrisa y señala el número en la pared, como pidiéndole que no lo olvide. Es su dirección, *Tucumán 881*. Memoriza él.

No puede demorarse, su madre la espera. Se aleja por el pasillo. Se queda mirándola, ella se da vuelta un segundo, él sigue allí. La luz se apaga.

Comienza a llover.

Sube el cuello de su chaqueta. Corre bajo la lluvia por las veredas mojadas hasta la parada del colectivo que va hacia Villa del Parque. Un barrio nuevo, alejado, de inmigrantes italianos. El viaje es largo. Sentado, se quita el sombrero húmedo y saca del bolsillo del abrigo la novelita de cowboys de *Zane Grey*, lee un poco. Distraído, marca la página con la entrada del baile, se detiene pensando mientras mira y remira el número de teléfono en el reverso de la entrada y un nombre Delia. Ella lo ha escrito en la despedida. El futuro ya le parece distinto, tal vez un encuentro el próximo fin de semana.

## Seudónimo: Sandokan

Y su vida tiene sentido, porque sabe, siente, que está enamorado, perdido, pendiente, atrapado.

El perfume en su corbata ancha a rayas, persiste -*Altai*, dijo ella, porque él quería saberlo todo. Él recuerda, recuenta, sabe que Delia trabaja en un Ministerio en la Avenida de Mayo. Antes en el club, dejaron de bailar y solo escucharon la música en la semipenumbra de un balcón del club. Fumaron. Él, sus *Arizona*, que ella declinó y encendió sus *Hudson Mentolados* con un encendedor metálico pequeño, femenino, que sacó de su cartera, e iluminó su cara por un instante en un relámpago cálido.

Bocanadas, silencio, humo en el aire, música, las estrellas y sus miradas. El cristal de las copas. Todo es, le parece, mágico. Las amigas que la acompañan pasan cada tanto bailando y los miran entre la gente, sonrientes, cómplices, pícaras, simpáticas. Luego desaparecen en el recorrido danzante del salón. -Compañeras de oficina- dijo ella, las tres son secretarias.

A él le encanta su porte diferente, delicado. A ella la timidez y melancolía de él. No se lo dijeron, jugaron con el enigma de conocerse. Cada tanto ella tarareaba, siguiendo una canción, balanceándose lenta. Le gusta mirarla, le gusta que los vean juntos. Los dos tienen veinticinco años.

Le habla del servicio militar, dos años en la marina, el *Acorazado Moreno*, la explosión de la caldera, las quemaduras en su espalda, el dolor, los meses en el hospital, la soledad.

Le dice que se llama Alberto, y ahora en la micro, se pregunta por qué mintió. Le gustaba más ese nombre que Francisco, el suyo. Solo por eso.

## Seudónimo: Sandokan

Piensa que quiso ser otro. Era como empezar de cero. O lo hizo para creer que nada de esto iba en serio. Ahora sabe que no es algo pasajero, esa mujer le interesa. Tiene algo en los ojos, el estilo, el olor de su perfume, la manera de vestir. La belleza de su letra en esa entrada que aún mantiene entre sus manos. O todo eso junto. Delia es diferente.

Allí, solo en un bus bajo la lluvia, con una entrada en sus manos, su cabeza es un río, recuerda, recorre, revive todo lo ocurrido. Quiere atesorar todo lo ocurrido durante esa noche, hasta el más mínimo detalle.

La lluvia repiquetea cada vez mas fuerte en el techo del vehículo y moja las ventanas empañadas. Limpia el vidrio. Mira. Hay carteles políticos en las paredes, iluminados por los relámpagos. Un nombre se repite en casi todos, Perón. Una cara sonriente, tal vez una esperanza. Una esperanza. Hoy todo le parece diferente. Posible. Las calles ya empiezan a inundarse.

Sí, el arroyo Maldonado, oculto, escondido, vuelve, aflora incontenible. Aparece, se rebela.

*Ahora piensa en ellos. Su cabeza está llena de preguntas.*

*¿Que es el recuerdo? Un pedazo de realidad, de historia personal, detenida en el pasado. ¿Se puede recuperar, traer al presente, imaginar lo no vivido?*

*Todo lo que él ha inventado. La creación de lo desconocido ¿es memoria?*

Se casaron un año después, su primer departamento en el barrio de San Telmo es pequeño, la ventana da a otras ventanas. Es un edificio de tres pisos, con un cine a su lado, el Cecil. Inevitable panorama del fin de semana para Delia y Alberto.

Él, ya nunca dejará ese nombre.

